

FRANCA VELASCO

Viaje a las mujeres  
de fuego

# ÍNDICE

PRÓLOGO, II

CAPÍTULO CERO, 15

PILAR FUENTETAJA, LA LUZ DE LA CALABAZA, 19

LUCÍA VITA, LA NÓMADA DEL PAPA I, 37

XANDRA RENEDO, LA VOLCÁNICA PALMA, 55

LAURA VAREA, LA MAQUINISTA DEL OJA, 71

MARTA GÓMEZ, LA PILOTO DE PAPÚA, 85

LAURA FERNÁNDEZ GUERRA, LA LEONA DE GAZOLA, 103

LUCÍA BARTOLOMÉ, LA BRÚJULA DE SAHECHORES, 117

ELENA LUQUE, EL FACTOR HUMANO, 129

VANESSA MOLINA, LA TELA DE ARAÑA, 143

CARMEN ORELLANA, LA GRAN PIONERA, 155

PAOLA BENEDÍ, EPÍLOGO EN LOS PIRINEOS, 169

AGRADECIMIENTOS, 183

*Para mis hijas, Uma y Hada,  
que también son mujeres de fuego.*

*Y para mi hermana, Anuska, que baila sobre él.*



*Franca Velasco*

# PRÓLOGO

Dra. Belén Carballo-Leyenda\*

ES INNEGABLE QUE LA presencia de mujeres en la extinción de incendios forestales ha sido limitada y esto quizás tenga mucho que ver en cómo enfocamos esta cuestión en su esencia. El concepto que tenemos actualmente de la lucha contra el fuego se centra en una competición entre la naturaleza y el ser humano donde la fuerza y el liderazgo son vistos como los atributos más valiosos. Ambas cualidades se asocian a la masculinidad, lo que hace que se haya excluido a las mujeres de las tareas de extinción (Cabana Iglesia y González Hidalgo, 2021). Desgranemos estas cualidades en detalle.

En términos biológicos existen diferencias en la capacidad física entre mujeres y hombres ligadas a atributos ligados al sexo como el tamaño y composición corporal y la cantidad de masa muscular, entre otros. Estas diferencias conllevan que los hombres posean entre un 15-20 % más de capacidad aeróbica, una mayor fuerza y potencia muscular en términos absolutos (Wilmore y Costill, 1998). Tradicionalmente se ha esgrimido el argumento de la menor capacidad física, es decir el atributo de la fuerza que comentábamos al principio, para invalidar la presencia de las mujeres como profesionales de las emergencias. No es menos cierto, sin embargo, que similares diferencias en la capacidad de trabajo físico se han obser-

---

\* Grupo de Investigación VALFIS. Departamento de Educación Física y Deportiva. Universidad de León.

vado al comparar por ejemplo la capacidad aeróbica de bomberos masculinos más en forma frente a los de peor condición física, o los más jóvenes con los de mayor edad (Prieto Saborit *et al.*, 2010), sin que estas diferencias se hayan utilizado como argumento para evitar que trabajasen en el servicio activo. Cabe destacar que, en contrapartida, las mujeres presentan una mayor resistencia muscular a la fatiga y una mayor capacidad de recuperación muscular que los hombres (Wilmore y Costill, 1998) cualidades que son clave también para el desempeño físico en las tareas de extinción. Además se ha demostrado que las diferencias en la capacidad de trabajo físico entre hombres y mujeres puede reducirse de modo significativo aplicando programas de entrenamiento físico específicos, de modo que con la preparación adecuada las mujeres son capaces de realizar el mismo trabajo que los hombres (Roberts *et al.*, 2016). Pero es que además, la premisa de una buena preparación física tanto en hombre como en mujeres debe ser prioritaria para cualquier cuerpo de emergencias. Por lo tanto debe dejar de blandirse la inferior capacidad física como argumento tácito para apartar a las mujeres de la extinción de incendios forestales y nosotras debemos interiorizar la valía de nuestras capacidades.

Respecto al liderazgo, tradicionalmente se ha presupuesto a las mujeres falta de capacidad de liderazgo, o lo que es peor, nosotras mismas nos hemos autocensurado a la hora de mostrar nuestra capacidad para dirigir equipos. Este hecho está fuertemente relacionado con los estereotipos de género tan ampliamente arraigados en nuestra sociedad. Tan arraigados están que incluso mujeres de mi generación preparadas, con capacidad, talento y competencias para asumir ese rol, no están ocupando puestos de dirección (Ayllón Valle y Molina Terrén, 2023). Las pocas que han asumido roles de liderazgo son evaluadas menos favorablemente que sus compañeros hombres, siendo este sesgo considerablemente mayor en contextos tradicionalmente masculinizados (López-Zafra *et al.*, 2009). Por lo

tanto, las mujeres asumen el rol de liderazgo como algo que no compensa por la presión añadida que supone. Sin embargo, necesitamos más mujeres que asuman ese rol. Que den el salto. Que abran puertas. Los estudios demuestran que las organizaciones se benefician del estilo de liderazgo femenino y que las expectativas y nivel de criticismo se reducen cuando más mujeres acceden a roles tradicionalmente masculinos (López-Zafra *et al.*, 2009).

No quiero caer en este prólogo en una mera aportación de datos y afirmaciones académicas, que pueden, muy a mi pesar, ser vistas con algo de desafección. Más bien quiero enfocarlo en positivo y con la mirada puesta en el presente y el futuro poniendo el foco en la importancia del trabajo en equipo. Porque la extinción de incendios forestales, como otras emergencias (y como pasa también en el mundo académico), tiene su razón de ser en el equipo. Al final el trabajo en equipo no consiste solo en una mera suma aritmética de cualidades y capacidades individuales, si no que va más allá. Se nutre de las sinergias que se crean entre los individuos que lo conforman. Y con la visión masculinizada que ha venido siendo tradicional en el sector, lo único que hemos conseguido es perder el potencial que la inclusión de las mujeres puede aportar a la extinción de incendios forestales, perpetuando un desequilibrio de género que resulta completamente anacrónico e injustificado en pleno siglo XXI. Es momento de superar las barreras y desafiar los prejuicios arraigados en un sector predominantemente masculino. Es hora de reconocer y valorar la diversidad de talento y experiencia que las mujeres aportan a la extinción de incendios forestales. Al hacerlo, no solo creamos oportunidades para las mujeres de hoy, sino que también allanamos el camino para las mujeres del futuro.

Sirva para este fin este libro, que nos brinda la oportunidad de conocer a mujeres valientes, cuyo coraje y dedicación rompieron barreras y allanaron el camino para las generaciones futuras. A través de cada capítulo, exploramos sus historias, que nos demues-

## CAPÍTULO CERO

MI MADRE IBA A la compra todos los días cuando yo era niña. Supongo que lo hacía porque entendía que era su obligación y, probablemente, por salir de casa, también, no lo vayamos a negar.

Pero, además, ella no tenía más trabajo que el del hogar y ocuparse de nosotros, que bastante trabajo era, por cierto, en ausencia de mi padre.

También recuerdo con nitidez que, cuando yo fui madre y no iba a la compra todos los días, me sentía absurdamente culpable por no hacerlo. Y nunca lo hice, porque, además del trabajo de casa, hacía otro fuera, y no me daba tiempo. De hecho, es que me pareció siempre mucho más eficiente hacerlo de una vez, cargar en el maletero parejas, o incluso cuartetos, de todo tipo de artículos en cualquier hipermercado y almacenarlos, o congelarlos, para ahorrar viajes y tiempo. Y ya está.

Cuando mis hijos empezaron a nacer, llevaba casi siete años de trabajo en trabajo, pero me seguí sintiendo culpable por hacer la compra solo una vez a la semana, o hacerme una escapadita rápida de ir y venir al súper del barrio cuando faltara algo en la nevera.

Y no sé por qué, la verdad: algo así como si no estuviera haciendo las cosas como me las habían enseñado. Y recordaba a mi madre cogiendo la vez cada día en la panadería, la carnicería y la pescadería, paseos a los que yo, ocasionalmente, le acompañaba para ayudarle con las bolsas.

Lo cierto es que ni ella ni mi padre se opusieron jamás a que yo tuviera otra profesión además de la de ama de casa —de hecho,

al contrario, me instaron a estudiar y ser independiente—, pero, eso sí, digo «además», porque, reconozcámoslo, hasta hace poco, e incluso ahora, siglo veintiuno —y lo que nos queda—, el trabajo de ama de casa, como su género indica, es de amas, mientras ellos eran los amos, a quienes mi madre y muchas de las madres de las mujeres de mi generación —e incluso las mujeres de mi generación—, alababan incesantemente por lo mucho que nos «ayudaban» en las tareas del hogar y con los hijos.

A ellas eso no les pasó, en su mayoría, también es verdad. Y, en demasiados casos, ni siquiera supieron reclamarlo.

A pesar de eso, de ser la rebelde de mi casa, de los portazos y las escapadas cuando había bronca porque decía lo que pensaba sobre aquello de «las cosas de chicos y las cosas de chicas», y de huir al otro lado del Atlántico en cuanto pude; a pesar de todo eso, durante años seguí sintiéndome culpable por trabajar fuera, por no poder llevar a mis hijos al colegio, ni ir a buscarlos al salir, por delegar en él algunas meriendas e, incluso, por no poder hacer con ellos los deberes cuando tenía que trabajar por las tardes.

Hubo quien se esforzó mucho en provocarme ese sentimiento, por cierto, y ahora que recuerdo la escena de aquella conversación, no imaginan la rabia que me da no haber puesto en su sitio a aquella predicadora. Por respeto. El que no merecía.

Pero, sobre todo, más allá de las recriminaciones recibidas, se lo juro, yo me sentía culpable por no ir a la compra todos los días para tener el pescado fresco de cada mañana, o hacer las albóndigas con la carne recién picada.

Y no imaginan lo que me alegro de que eso lo vayamos superando. Las autorrecriminaciones por ser lo que somos, por hacer las cosas como las hacemos y porque nos guste lo que nos gusta. Y, de una vez, lo hagamos sin ningún resentimiento y ninguna emoción, más allá del placer.

Mi padre, ferroviario —que eso sí, para mí quería otra cosa, pero seguía teniendo sus problemas aceptando que las mujeres



## PILAR FUENTETAJA, LA LUZ DE LA CALABAZA

*Aranda de Duero (Burgos), jueves, 29 de septiembre de 2022*

LA INTERMITENTE E INTERMINABLE autovía hacia Soria, por todos esos kilómetros sin desdoblarse que discurren entre los viñedos de Arzuaga y Vega Sicilia, me lleva hasta Aranda de Duero. Al oeste barruntan nubes tan oscuras como el vino tinto, y los camiones con los que me cruzo silban, también amenazantes, más allá de Peñafiel.

El viaje se hace eterno, como el paisaje lleno de vides y campos que en la ciudad olvidamos que existen, y más cuando empieza a llover y los limpiaparabrisas me recuerdan que tengo que cambiarlos. Pero finalmente vislumbro la capital de la ribera del Duero, y me pregunto cuánto camino queda, mientras, de nuevo, sale el sol.

Pilar vigila el monte desde su torreta, a diecisiete kilómetros de la ciudad en donde vive, y cada día conduce los tres últimos por una pista forestal que serpentea entre un bosque de encinas, La Calabaza.

Su sonrisa inmensa y las chispas de sus ojos verdes me reciben al pie de la torre, que hereda el nombre del monte desde donde se adivinan seis provincias: lo más próximo Burgos, a su derecha, Soria, al fondo, Valladolid, y trozos del horizonte que se llaman Palencia, Segovia, e incluso, «una gotinina» de Guadalajara. «¿En serio?». Pues sí.

En su último día de trabajo de la feroz campaña de incendios del verano de 2022, esta mujer indomable, peleona, que vuelve a



mi vida desde otro verano de hace más de década y media, me invita a subir los ciento tres escalones de su torre metálica.

«¿Pilar?», pregunté, incrédula, cuando me la citaron. Y era ella. La misma.

La estructura ante la que la reencuentro, nació, cuentan, para sustituir al pino que tiene pegadito al lado, al que, antaño, otros vigías se encaramaban buscando humo. El árbol, ahora medio seco, que se quedó pequeño para atisbar el fuego, se marchita poco a poco, mientras los agentes medioambientales valoran cuándo talarlo. No puedo evitar pedir clemencia para ese héroe natural que tantos incendios habrá controlado a lo largo de sus infinitos años.

Cuando el pino caiga, caerá el pasado junto al que se construyó este armatoste frente a mi vista, una metálica centinela que sobrevuela la naturaleza, la vida silvestre y el paisaje, para protegerlos.

Junto a la torreta se levanta una caseta de obra con baño y vestuario en el que las dos mujeres que se turnan en la torre se cambian de ropa, y que, desde hace solo un año, sustituye a otra de reducidísimas dimensiones en la que solo cabían dos taquillas «y la vigilante, de perfil», bromea.

En esta nueva caseta, las mujeres que «escuchan» en La Calabaza tienen un depósito de agua que rellenan las autobombas dos veces por campaña, un perchero, el hueco que podría acoger una nevera que no existe y un botiquín con lo básico.

«Tener un cuarto de baño es obligatorio en todos los puestos de trabajo, pero aquí no había, y, de hecho, de las veintinueve torres que se levantan en Burgos, aún hay varias que no tienen. Lo hemos conseguido a base de protestar», cuenta Pilar mientras abre la valla de acceso a la escalinata.

«¿Ves este cable?», me dice, señalándome un larguísimo conducto que sube hasta arriba del todo. «Es el cable del pararrayos, que deriva la tensión, viene a esta cubeta de descarga y va por debajo del suelo terminando en una especie de tridente que divide la descarga en tres puntos».

## LUCÍA VITA, LA NÓMADA DEL PAPA I\*

*Villaeles de Valdavia (Palencia), jueves, 6 de octubre de 2022*

CUANDO, CAMINO DEL NORTE, se dejan de ver los aerogeneradores de la A-67 y se adentra una en aquellas innumerables carreteras provinciales de Palencia buscando la base aérea contra incendios de Villaeles de Valdavia, encuentra tractores levantando polvo, pinos con troncos de distintos colores —algunos, pobres, víctimas de la sequía del verano—, tendidos eléctricos que dividen los macizos verdes y ciclistas a los que cuesta rebasar sin molestar.

Y ya desde la carretera, veinte minutos más allá de la autovía, apenas a un kilómetro del municipio, pero antes de entender por dónde entrar al recinto de la base del PAPA I, se divisa el helicóptero, rojo y blanco, parcialmente cubierto por una capucha gris, de la Junta de Castilla y León.

Hago como que no leo el cartel que prohíbe la entrada a todo el que sea ajeno a la empresa y la señal de «Zona Aérea. No Pasar» y cruzo el portalón abierto de par en par, porque tengo una cita, y el Koala, que así se llama el modelo del pájaro de la helitransportada, me atrae como un agujero negro, en mitad de esa enorme circunferencia de césped que escoltan pequeñas edificaciones.

---

\* PAPA I es el indicativo que el dispositivo de Castilla y León utiliza habitualmente para referirse al helicóptero de la base de Villaeles.

## AGRADECIMIENTOS

Han sido impagables los ratos que pasamos juntas, las risas, e incluso las lágrimas que a veces tuvimos que tragarnos o compartir durante las conversaciones, más o menos extensas, pero siempre intensas, que mantuvimos a lo largo del mapa. No solo sois protagonistas del relato: os convertisteis en amigas durante los momentos de esos abrazos y os llevasteis mi admiración.

Once mujeres. Pilar Fuentetaja, Lucía Vita, Xandra Renedo, Laura Varea, Marta Gómez, Laura Fernández Guerra, Lucía Bartolomé, Elena Luque, Vanessa Molina, Carmen Orellana y Paola Benedí.

La lista refleja solo el orden cronológico de este camino de seis meses por once mujeres de fuego que empezó justo después del terrible verano de incendios de 2022 y se extendió hasta marzo de 2023. Verano, otoño e invierno, al borde de la primavera. Seis meses de búsqueda, de hallazgo y de conversación, con sus recuerdos y sus sensaciones.

Gracias a todas por lo que me enseñasteis y, sobre todo, por acompañarme en el entusiasmo.

Quienes nos unieron fueron Jorge y Víctor.

Gracias, por supuesto, a ellos, que nos ayudaron a encontrarnos, nos permitieron compartir, y contar algo que debía ser contado; a ellos, que tuvieron la visión y la paciencia, y que creyeron que el proyecto podía llegar a buen puerto. O a buen monte.